

LLUIS DUCH (2010). *RELIGIÓ I COMUNICACIÓ*  
BARCELONA: FRAGMENTA EDITORIAL.

*José Sánchez García*  
*Universitat Autònoma de Barcelona*

El paisaje religioso está siendo modificado aceleradamente por nuevas prácticas y formas de entender las teologías ancestrales. Las recomposiciones del islam o del cristianismo, el ascenso del secularismo, el choque de los fundamentalismos así como las renovaciones espirituales en busca de autenticidad tienen un impacto directo en nuestras sociedades. La experiencia religiosa, por su propia dinámica, se ha desplazado, ha conquistado nuevos territorios y, de este modo, su análisis es una tarea compleja que no puede abordarse únicamente desde elementos visibles, sino también desde aquellos que son inherentes a la religiosidad como la espiritualidad y a las prácticas fervorosas de los creyentes. Todo esto acontece a pesar de las predicciones de restricción de las creencias religiosas como instrumentos para el control y la explicación hechizada de un mundo cada vez más dominado por la racionalidad instrumental, que iluminaría zonas opacas de la realidad. El weberiano desencanto del mundo, se asentaría en las cualidades de la organización social propuesta por la modernidad, en especial la diferenciación estructural, la especialización técnica y la pluralización de formas de vida. Esta pluralización impediría los esfuerzos por hacer llegar a la esfera pública ciertos valores éticos.

Y sin embargo, para Duch, el “apalabramiento” del mundo mediante la tensión entre el mitos y el logos -o lo que es lo mismo, religión y cultura en una separación un tanto artificiosa- se asienta en cierta universalidad “potencial” humana para la experiencia religiosa, siempre particular, de la especie humana. De esa manera, el hecho sagrado -y por eso mismo el profano- que siempre ha estado con nosotros en tanto que elemento constitutivo de las sociedades, muta al compás de los cambios sociales y se fragmenta en fervores religiosos individuales para constituir comunidades de creyentes diferenciadas.

Según Duch, este significativo hecho hace posible la articulación expresiva y axiológica de la enorme diversidad cultural de los pueblos de la tierra, pero expresa, al mismo tiempo, la igualdad estructural de toda la humanidad y las diferencias histórico-culturales de sus miembros. Las religiones, entonces, son los ámbitos transmisores y comunicativos más relevantes porque, a causa de su carácter simbólico, permitirían la expresión de lo que Duch califica como cuestiones fundacionales del ser humano, la vida, la muerte, el más allá, el mal... De esa manera, convierte a la religión en una "estructura de acogida" para la cotranscendencia -olvidando que esa necesidad, y también su no-necesidad, puede fundamentarse también en otras formas de experimentar la vida- fundamental para la vida humana junto con la familia -codescendencia-, la ciudad -coresidencia- y los medios de comunicación -comediación-, porque administran los procesos de transmisión y comunicación permitiendo que lo natural sea cultural. Es el estructuralismo de Lévi Strauss el que permite a Duch defender la capacidad del "apalabramiento" del mundo, una explicación mítico-lógica, como sistema de comunicación.

De especial interés metodológico, por otra parte, es el análisis que propone de la tradición como elemento esencial para la función comunicativa de lo religioso. La puesta al día que supone de los pensamientos de nuestros antepasados, se consigue con una manipulación simbólica, la mayoría de ocasiones partidista, de determinadas formas adquiridas por lo religioso. La tradición definida por Duch como "el conjunto de sedimentaciones intersubjetivas que pueden ser reconocidas, recordada y transmitidas con extrañeza y familiaridad al mismo tiempo por la memoria individual y colectiva como si fuera una biografía de todos los individuos que la comparten", es fundamentalmente comunicativa y contextualizadora. Es un asunto del presente, la tradición siempre es recreación, una relectura, religarse al pasado, recolocando y reeligiendo el mensaje. Esta lectura de la tradición permite una aproximación a formas renovadas de las grandes teologías humanas aunque, de alguna manera, olvida otro tipo de tradiciones asentadas en formas más experienciales de entender la comunicación con lo sagrado. Símbolo, culto y narración -otra separación difícil de entender desde el punto de vista de la antropología social porque tanto culto como narración son artefactos simbólicos- son esenciales para la comunicabilidad estableciendo la tradición. Estos son los ejes interpretativos para pensar lo religioso, porque el símbolo para Duch, sobre todo el religioso, nos convierte en plenamente humanos al aceptar la ambigüedad misma del individuo. Por eso las promesas de la puesta al día de ciertas particularidades religiosas -y no religiosas- que prometen la superación de la ambigüedad son sospechosas de un absolutismo alejado de un pensamiento crítico necesario en el mundo actual.

Por eso, las reconfiguraciones religiosas más exitosas actuales se sustentan en elaboraciones establecidas en la sociedad de masas lejos de las élites religiosas dominantes

que han perdido su monopolio interpretativo teológico y, de esa manera, su dominio sobre las lealtades populares a una cierta visión estricta de la espiritualidad. Acertadamente, si tenemos en cuenta la universalidad del fenómeno religioso, Duch propone el secularismo como un hecho en la historia de una religión, no un fenómeno universal. Situar el momento actual de los fervores religiosos en una post-secularidad mundial está lejos de la realidad de otras fes y de otras regiones del planeta que, o nunca han sufrido la secularización, o se han relacionado con ella de manera diferente a lo ocurrido en occidente. Entonces la gran interrogación para Duch es ¿cuál es, entonces, la diferencia fundamental entre las religiosidades contemporáneas y la forma católica actual de entender la experiencia religiosa? ¿Qué produce la ruptura de la comunicación con el cuerpo social?

Estamos, entonces, en una exploración del mundo religioso occidental, y muy especialmente católico. Una “estructura de acogida” que se ha visto mermada día a día por su incapacidad comunicativa. Ese es el mundo necesitado de un proceso de reenchantamiento del mundo para vivir la ambigüedad, característica “natural” para Duch del hombre. Se trata de una crisis profunda de la confianza en la actual articulación eclesial de la religión cristiana que está sufriendo la emigración de un número importante de sus adeptos al separarse de sus necesidades espirituales, mediante un rito que los convierte en espectadores y no participantes para construir aquella efervescencia religiosa de la que hablaba Durkheim. Para Duch, se trataría de recuperar la capacidad de encantar y manipular el mundo a través del rito y el culto que habría perdido el catolicismo.

Entonces, tendríamos que entender que la obra de Duch ofrece un análisis etnográfico de la pérdida de importancia del catolicismo en la sociedad contemporánea desde una “experiencia participante”. Posibilidad metodológica que expresó Joan Prats en la conferencia inaugural del curso en la Facultat de Filosofia y Lletres de la Universitat Autònoma el pasado mes de octubre. De esa manera, su particularización en torno a la capacidad comunicativa de la religión, su discusión de la tradición, el símbolo o el ritual se mostrarán provechosos para el avance de la antropología social. Por eso, los últimos capítulos de la obra, pueden analizarse como una propuesta para la recuperación comunicativa perdida en esa tradición. Sin embargo, estas aproximaciones se suelen censurar, argumentando que vulneran la objetividad científica. Tal vez perturban más porque las construcciones religiosas no gozan hoy de legitimidad de otras construcciones sociales como las de género, las étnicas, las ideológicas y las políticas, una legitimidad firmemente anclada en su prestigiosa actualidad.